

das, solo sobrevivió el tiempo preciso para ver la infeliz suerte de su muger é hija, y recoger las amargas lágrimas de estas desventuradas, que á un tiempo perdian su esposo y padre, y la amada libertad.

Amelia (este era el nombre de la hija) hermosa en extremo, jóven llena de gracias, á quien todavia mayor realce daba el llanto, no se escapó al ojo perspicaz de Mehemec, Arraez del buque. Desde luego formó juicio que sola ella valia mas que toda la presa, porque llevada á Constantinopla, los mas grandes señores la codicia ian para sus serrallos, y la pagarian con buen número de bolsas. Mehemec, lleno de esta idea, procuró por todos los medios posibles endulzar la suerte de Amelia, que para colmo del infortunio perdió á su madre en la travesía, agoviada de tantos y tamaños sentimientos.

Mehemet llegó á Constantinopla, y pronto vendió su esclava, que fué á parar al serrallo de Kara-Mahamelv, Agá de los Genizaros. Este Musulman, muy conocido por el ruido que metió en las famosas revoluciones de Constantinopla, se casó con Amelia y tuvo en ella dos hijos y una hija, los primeros murieron de la peste en Egipto, y la última se crió al lado de su madre que la amaba entrañablemente.

Amelia, á pesar del tiempo y de la sujeción con que viven las mugeres entre los turcos, habia conservado en el fondo de su corazon la santa creencia de sus padres, y en quanto le fué posible cumplió con los deberes de cristiana. Si hubiera estado en su mano mil veces se habia huido de los brazos del Agá para volver á su amada patria; pero ya que esto le fué imposible, auxiliada de una esclava española, que la casualidad habia conducido tambien al serrallo de Kara-Mahamelv, procuró desde muy temprano inculcar en el corazon de Páima, su hija, los dogmas del catolicismo: hicieron en ella tantos progresos, que á no haberla contenido la prudente española, mil veces hubiera declarado á su padre su creencia, teniéndose por dichosa en sufrir el martirio, pereciendo á manos de los infieles.

Murió Amelia infeliz en medio del fausto y de las riquezas, no habiendo podido olvidar ni su patria, ni su reli-

